

La mujer del trailerero

y otros relatos

José Joaquín López

www.anecdotalario.net



Más libros de este autor en: <http://www.anecdotalario.net/descargas>
Contacto: josejoaking@gmail.com

Nota preliminar

Soy José Joaquín López (Guatemala, 1974) y soy el autor de estos textos. Estos relatos fueron publicados en www.anecdotalario.net durante el 2007 y fueron y siguen siendo leídos en internet por miles de personas.

Puedes copiarlos y distribuirlos por cualquier medio, venderlos o hacer obras derivadas, siempre y cuando indiques mi autoría y mi sitio web, de la siguiente forma:

José Joaquín López – www.anecdotalario.net

Contenido

NOTA PRELIMINAR	2
SÓLO ESPERO QUE ESTÉ AHÍ	4
BUENAS NUEVAS	5
LAS HORMIGAS.....	7
LA INVASIÓN DE LOS NIETOS	9
NO ME VA A PASAR NADA.....	10
LOS GANADORES	12
EL MEJOR CANDIDATO	13
EL SOLITARIO.....	14
LA REINA.....	15
AMOR ETERNO	16
INSECTO INTERDIMENSIONAL.....	17
AMOR DE LEJOS	18
APUNTES PARA UNA HISTORIA.....	21
EL MIGRANTE.....	22
EL NECIO	23
LA CONSULTA.....	25
LA MUJER DEL TRAILERO	27

Sólo espero que esté ahí

Tengo que apurarme porque ya es de noche y todavía no he terminado de lustrar mis zapatos, los tengo que dejar bien brillantes porque si no de repente los reyes magos no me dejan nada y pasan de largo. Con el Julio Héctor pensamos que la ventana tiene que estar bien abierta para que sea fácil meter los regalos en los zapatos. Aunque los reyes son como fantasmas, los juguetes no, y por eso es que es mejor abrir bien la ventana. Ojalá que los reyes tengan más pisto este año, porque esas escaleritas con el muñeco ya dos años seguidos que nos las regalan. Yo a veces creo que no son los reyes magos sino mis papás los que nos regalan los juguetes, así como el santa cloc de los otros niños, pero a saber. Mejor sigo lustrando mis zapatos porque el Julio Héctor ya terminó y sólo me está esperando a mí. Mamá ya dijo que era muy tarde, que nos apuráramos. Ya casi termino vos, esperáme. Listo, ya terminé. Poné tu zapato del lado derecho y yo del izquierdo. ¿No querés? Vaya, está bien, los cambiamos, pero no chillés. Mamá nos apura para que nos enpashemos y nos metamos a la cama, pero antes la oración del ángel de la guarda y el padrenuestro. Ah, y el santamaría. Mañana lo primero que voy a ver es mi zapato en la ventana, no importa qué me regalen los reyes, sólo espero que esté ahí.

Buenas nuevas

Tres de la tarde en una colonia mixqueña cercana al límite con la ciudad de Guatemala. Yo estoy calentando mi almuerzo en el microondas y llegando tarde al partido del Barça contra el Betis por la tele. Me entero de que va perdiendo el Barça por un gol cuando está iniciando el segundo tiempo del partido. Me siento a la mesa a comer y a esperar que el Barça empate o que por lo menos Ronaldinho haga una de esas de jugadas diferentes que le hacen ganar tantos millones pero que en el mundial ni señas dieron. La cosa no se mira bien para los blaugranas, entonces suena el timbre y pese a un extraño presentimiento contesto el intercomunicador, para mi maldición.

—Buenas tardes, somos testigos de Jehová, mi nombre es Elder.

—Buenas tardes —contesto, lacónico y enfático, con la boca llena de una tortita de carne, acompañada de arroz y tortilla de maíz.

—Tal vez nos permita pasar a darle un mensaje de salvación.

—Yo ahorita estoy almorzando.

—Bueno, entonces cuando termine de almorzar. Tal vez podamos venir en una hora.

—Después tengo que trabajar.

—Entonces tal vez nos reciba en la noche, si quiere.

—No, no tengo tiempo.

—¿Qué edad tiene usted?

—32 años.

—¡Uh, ya está grande!

Después de ese golpe bajo a mi orgullo sigue un silencio que espero interprete el infantil de kinder que está al otro lado del intercomunicador. Rafa Márquez anota de cabeza el gol del empate para el Barça y yo no puedo celebrar con los brazos levantados porque ahí afuera está un niño de pañales que piensa que soy un pobre pagano de la tercera edad a quien va a salvar vendiéndole un par de atalayas.

—¿Sabía que viene un gran tribulación para la humanidad y que en la palabra está escrito?

—Mirá —le digo al cuate, ya molesto—, yo me sé la biblia de memoria, pero no practico ninguna religión, ni me interesa.

—Pero usted cree en Dios y en Jesucristo.

Tengo la tentación de decirle que soy feligrés de una secta satánica para espantarlo, pero mejor no se lo digo porque ese tipo de rumores corren rápido y no tardarían los vecinos en empezar a mirarme con más desconfianza de la habitual.

—Sí creo, pero no vamos a coincidir en nada. (¡Además me dijiste viejo, puberto infeliz!)

—Tal vez podamos venir en la noche u otro día —insiste el empeinado chirís, y casi puedo escuchar cómo le da sorbo a su biberón.

—No, no me interesa.

—Entonces tal vez nos pueda dar su número de teléfono.

Entre dientes, lo más rápido posible, le doy mi número de celular. Con esto al fin me deshago del tal Elder y puedo volver a comer y al partido del Barça, no sin maldecirlo a él y a su madre por decirme viejo y por hacerme perder el gol de Rafa Márquez. Entra Xavi sustituyendo a Giuly. Y me paso el resto del encuentro esperando inútilmente alguna jugada, algún gol, alguna fanática desnuda corriendo por el campo o cualquier cosa que me haga olvidar que dentro de poco seré un anciano decrepito y aburrido, mientras por la calle se pasean los testigos de jehová, presumiendo de juventud, con sus atalayas y sus apocalipsis y su extraña manera de arruinar las tibias tardes soleadas de enero en Guatemala.

Las hormigas

Al principio en la casa teníamos hormigas normales como toda la gente. Hormigas que de vez en cuando se aparecían para llevarse a alguna araña o cucaracha muerta, y claro, las dejábamos hacer su trabajo porque no se metían con nosotros. Después ya no les bastaba con las migas de pan que a veces caían en el patio, ni con los bichos que matábamos. Se entraban a la cocina y al comedor si algo dulce se caía al suelo y nadie miraba por él. Hasta aquí no les pusimos mucha atención, porque no sabíamos lo que nos esperaba.

Las hormigas comenzaron a cruzar la línea cuando se empezaron a subir a la mesa del comedor para hurgar en nuestras tazas de té con residuos de azúcar, o para aprovecharse de las migas de pan y los panes de manteca a medio comer. Era cuestión de tener más cuidado y de dejar todo limpio inmediatamente, porque no pasaba más de un par de horas sin que se enteraran de que habían sobras para hacer festín. Para entonces la basura que íbamos generando tenía que estar herméticamente cerrada, en bolsas de plástico anudadas porque los bichos estos armaban romería para bucear entre el desperdicio.

Poco a poco nuestras medidas se tuvieron que extremar más, tanto, que cuando comíamos sentíamos como que estábamos siendo vigilados por si dejábamos caer comida al suelo o algún plato de comida descuidado. A pesar de la insistencia de papá, a mamá no le gustaban las fumigaciones y decía que con sólo que colaboráramos más en el oficio nada iba a pasar. Con lo que no contaba mamá era que al hacernos extremadamente asépticos, las hormigas iban a cambiar de estrategia.

Las hormigas empezaron a oler cuando comíamos, y caminaban hacia nuestra comida y bebida aún antes de que las termináramos. Papá empezó a hacer un cerco de gamexán alrededor de la mesa para que pudiéramos comer tranquilos, pero las hormigas seguían jodiendo y al parecer evolucionaron hasta hacerse inmunes al gamexán y pasar la barrera que les habíamos puesto. Con una mano comíamos y con otra teníamos que estar matando a las hormigas. Me acuerdo que una vez llegué tarde de parrandear y me dormí de inmediato pero me desperté luego porque las hormigas se estaban aprovechando de mis manos mielosas con residuos de agua gaseosa.

Como ya conté, la fumigación no era opción porque mamá siempre iba a estar en sus trece, aunque nunca nos quiso decir por qué no le gustaba la idea. Con papá pensábamos al principio que bastaba con contratar a una buena empresa fumigadora y asunto resuelto. Cuando a las hormigas ya no les bastó con acecharnos a la hora de de la comida, empezaron a comer papel, tela y lo peor, a mordernos, a pesar de que la especie que habitaba nuestra casa no era de esas que salen en la tele y que se comen todo a su paso. El cerco de gamexán también llegó hasta nuestras camas. Aguantamos un tiempo, hasta que las hormigas fueron demasiadas.

No tuvimos más alternativa que abandonar la casa porque mamá nunca quiso la fumigación. Algo me dice que aunque hubiésemos fumigado, las hormigas no hubieran parado de joder. Nos venimos a una casa más pequeña y más lejana de nuestros trabajos, con los problemas de agua que no teníamos en la anterior y con un vecindario de gente algo rara, como esa señora de la tienda que tiene risa de bruja y el señor ese del predio de carros que sonrío cuando nos mira pasar, con sus cuatro dientes y sus ojos de buitre. Aunque no recordamos

el tema para no pelear entre nosotros, papá siempre sigue echando el gamexán alrededor de la mesa cuando comemos.

La invasión de los nietos

Cuando los nietos de don Vitalio y doña Augustina llegan a casa, todo se trastorna. Rápidamente dominan todo el lugar, y de una apacible y silenciosa morada, que verá sus últimos días, pasan a gritos de los niños corriendo por todos lados, lloriqueos cuando se caen y se golpean, quejas porque los más grandes les pegan y restos de comida y juguetes por todos lados. La nieta más pequeña, por ejemplo, vino hoy con la novedad de que tenía un su cuco en la pierna derecha, del cual presumía ante sus abuelos. El nieto más grande está aburrido y apenas si saluda de mala gana, porque sus papás lo obligaron a ir donde los abuelos y él quería quedarse en la casa viendo el partido del Real Madrid. El nieto que le sigue en edad anda con sus nuevos zapato-patines y no para de pasear por toda la casa, casi atropellando al abuelo Vitalio, que con su bastón intenta golpearlo simbólicamente, pero siempre llega tarde. El bebé está enfermo del estómago y no para de llorar a gritos, parece que la medicina no le está haciendo bien, lo pone más desesperado y la abuela Augustina se siente apenada porque por más que lo china, no logra calmarlo. Los dos abuelos atienden de buena gana todas las preguntas de los niños, que van desde por qué usa bastón el abuelo, hasta por qué anda encorvada la abuela. Todavía falta que lleguen más niños, estos que acaban de llegar sólo son los de Carlos, ya no tardarán en venir los de Abel y Julieta, que son un poco más traviesos y que dan más lata. Los primeros en llegar son los de Julieta, que sólo son dos, pero gemelos y gritones como los que más. Cuando llegan, van también con sus zapato-patines atropellando a quien se les ponga enfrente, y empiezan a jugar de carreritas con el segundo de Carlos, con quien terminan peleando porque según ellos hace trampa. Los hijos de Abel son tres, dos mujeres y un varón. Las niñas juegan muy bien entre ellas y se juntan con la más pequeña de Carlos, llevan sus muñecas y sus crayones para colorear los libros que les dan los abuelos. El nene está en su etapa más berrinchuda y se tira al suelo y patalea cada vez que le quieren arreglar el pantalón o cuando le sugieren lavarse las manos para comer.

Después de cuatro horas de toda esta historia, los hijos empiezan a irse. Cada nieto se despide del abuelo y de la abuela y se va contento con el dulce que siempre les regalan. Vitalio y Augustina caen rendidos en el sofá y encienden la tele y se quedan dormidos. Para la cena, ya en la paz y tranquilidad de siempre, Vitalio dice que es alegre cuando los nietos vienen de visita, pero es más alegre cuando se van. Augustina está de acuerdo.

No me va a pasar nada

Temprano de la mañana Aníbal se levanta para ir al chance, se arregla, desayuna. Hoy le prestó el carro su papá porque en la tarde tiene exámenes finales en la universidad. Le dice a su mamá que le está yendo bien, y su mamá lo mira orgullosa, con un brillo especial de ojos. Aníbal siempre fue un buen patojo, nunca molestó. Sale de la casa y su mamá le sigue para echarle la bendición y cerrar la puerta del garage. Se acerca a la ventanilla del carro.

—Váyase con cuidado m'hijo.

—No se preocupe mama, a mí no me va a pasar nada.

Aníbal va contento en el Hyundai negro de su papá, ya sólo le falta un semestre para finalizar ingeniería. Pone su disco con mp3 variados, desde Vicente Fernández hasta Coldplay, pasando por Shakira y Alejandro Sanz. Llega a la oficina y se conecta a internet para empezar el chance del día. Un par de correos para clientes, dar de baja algunos productos del inventario, chatear con un proveedor. Lo de todos los días. Luego viene la hora de darse un respiro y leer la prensa, ver qué de nuevo hay en los blogs y entrar a aquel foro de fútbol para hablar de los rojos y del Barça. Se detiene en un titular de hoy: “Atrapan policías que hacían limpieza social”. Indignado, deja un comentario en la página del periódico:

Yo creo que a esos policías deberían darles una medalla en lugar de atraparlos. Se deshacen de esa lacra que son los mareros y los narcos. Nadie quiere a esa lacra.

Aníbal firma como César López para no darse tanto color. Hay gente que no quiere aceptar las cosas como son, así que mejor para evitar conflictos, me pongo un nick falso y asunto arreglado.

Por la tarde, a salir corriendo para estudiar un poco antes del examen de la universidad. Shakira y Alejandro Sanz lo acompañan en el camino, y una tarde fresca entra por la ventanilla del piloto y llena todo el ambiente. Se encuentra en la biblioteca con el mono y la canche y hacen el formulario para el examen, repasan algunos problemas en los que tenían duda y están listos. Pasan a tomarse una coca a la cafetería, y en el camino a la clase las feromonas del perfume de la canche hacen su efecto. Aníbal se da cuenta de que hoy está linda y se ríe coqueta con él. Canche más cabrona, no va a haber más remedio que coger con vos. Después del examen, al salir de la universidad, Aníbal va a dejar a su casa a la canche y le pega un su agarrón con metida de mano antes de que se baje.

A algunas cuadras de ahí, un celular suena. Una voz comunica que el “trabajo” de hoy va en un Hyundai negro, de vidrios polarizados. Aníbal mira por el retrovisor un carro gris de vidrios polarizados que lo sigue al salir de la colonia de la canche. No le da importancia hasta que el carro gris lo rebasa y se le atraviesa en una parte solitaria de la carretera. Entonces ve salir a un par de encapuchados con uniforme de policía que sin mediar palabra apuntan, disparan y se meten de nuevo al carro gris. Minutos más tarde, otro Hyundai negro, de vidrios polarizados, pasa a la par del de Aníbal, se detiene y el piloto baja la ventanilla para observar el cadáver. Da un respiro de alivio y se va.

Al siguiente día, sale la noticia en los periódicos con una foto de la escena del crimen. La policía maneja la hipótesis de que fue un pleito entre bandas de narcotraficantes, pero

afirma que se investigará el hecho. Juan Alberto, un compañero de Aníbal, lee la noticia. A saber en qué andaba metido este pisado, caras vemos, corazones no sabemos, piensa. Pasa la página, lee los deportes y se va para la universidad, donde comenta con sus compañeros lo que pasó. La canche y el mono están shoqueados. Por la noche, al regresar a la casa, Juan Alberto ve por el retrovisor que un carro gris de vidrios polarizados lo sigue. Esta vez no se confundan muchá, había dicho una voz por el celular, cinco minutos antes.

Los ganadores

Perico de los Palotes es un perfecto don nadie, como lo somos todos. No es ni más talentoso, ni más bonito, ni más feo, ni más desagradable que nadie. Aparte de alguna fobia por aquí, una manía por allá y una timidez galopante a cuestras, encaja dentro de lo que podríamos llamar normal. No obstante, es víctima, como lo somos todos, del marketing de los ganadores. Sí, esos que te repiten en los medios que se puede llegar a ser el mejor, que se puede llegar a ser millonario, que inventan libros para ser rico y que te dicen que con actitud llegarás a la cumbre, obviando convenientemente lo imprescindible que es el talento. Esos odiosos Og Mandinos que se hacen ricos haciendo creer a la gente que todos pueden ser el vendedor más grande del mundo. Y entonces, por prestarle atención a todo eso, Perico de los Palotes se siente infravalorado en el trabajo, cree -sin percatarse de su mediocridad- que merece más, cree que su vida no vale la pena y que su genio se está marchitando en un puesto de trabajo sin sentido, sin reto, sin ninguna otra motivación que ganar dinero para comer, como si eso no fuera extraordinario en un país de desnutridos como en el que vive. Piensa que su oportunidad está por llegar, que sólo es cuestión de que un día se arme de valor para renunciar y armar su empresa de artefactos para el baño que le dará fortuna, porque como leyó en el libro de Kiyosaki, todo está en la actitud. Entonces lee un anuncio en la prensa de una nueva financiera que ofrece altos intereses por las inversiones en efectivo. A pesar de ser contador de experiencia y haber presenciado algunos timos de estos, se entusiasma con la idea y construye su respectivo castillo en el aire: ya no tendrá que trabajar, terminará de pagar su casa, podrá viajar a Europa (su sueño desde niño), y escribirá esa novela sobre la historia extraordinaria de sus abuelos que hace rato que quiere escribir. Decide investigar la empresa y contacta un par de amigos que han invertido. Se entusiasma con sus testimonios, la empresa es seria vos, a mí ya va el tercer mes que me pagan el 5% mensual sobre el total de la inversión, pero eso sí, tenés que invertir al menos cien mil para que te den esa tasa. Perico se siente un tonto por tener una cuenta de ahorro que paga ese mismo 5%, pero anual, y decide que va a provocar su despido para que su indemnización sirva para la causa. El que no arriesga no gana, piensa envalentonado, y empieza una serie de estrategias que desembocan en el despido, con la extrañeza de su jefe, quien siempre había considerado que Perico era un buen elemento. Una vez recibido el dinero de la indemnización, Perico lo invierte todo en la financiera y se siente feliz. Un representante de la financiera lo visita, llenan todos los papeles, sacan fotocopia de su cédula de vecindad, y al día siguiente, la inversión está hecha. Su mujer, una persona normal pero extrañamente sensata, mira todo el panorama como una expectadora que sabe el final y que resignadamente lo espera con paciencia. Sabe que vendrá el escándalo, las protestas en la calle, algunos años de depresión y un parásito que vivirá a costa de ella el resto de su vida, pero sin el cual -sensateces aparte- no podría vivir.

El mejor candidato

El último sábado de mayo, iba yo al cementerio de Coatepeque a enterrar al último de los hermanos de mi papá. Cualquiera que haya enterrado a un ser querido se podrá imaginar cómo es la cosa. En este caso, mi tío ya era anciano y había vivido ya una existencia productiva y decente, así que el dolor tiene su atenuante. Un par de días antes, lo había visto en el hospital ya muy grave, después de un par de meses de sufrir, sabíamos todos que el final estaba cerca.

Camino al entierro del tío, en el parque central nos encontramos con un mitin político de un tipo que ofrece “mano dura” para arreglar los problemas. El mitin lo interrumpimos con el cortejo fúnebre y el hecho quedó registrado en una nota de prensa, en la que erróneamente dice la periodista que íbamos a la iglesia. La nota finaliza con la supuesta frase que dijo un asistente al mitin, refiriéndose al muerto que iba de camino: “ahí va el mejor candidato”.

El solitario

Siempre me ha costado hacer entender a la gente que me gusta estar solo. Si algunos ya desde adolescentes buscan una mujer para casarse o juntarse, allá ellos, será porque no tienen otra cosa en qué pensar o qué hacer. Me busqué siempre empleos en los cuales ganaba poco pero trabajaba sólo mediodía. Para qué más, yo sólo necesitaba el dinero para comer, vestirme y pagar el alquiler, yo solo, nada más. Me puedo pasar leyendo o viendo tele toda la tarde, o simplemente caminando por el centro o a veces por la Antigua. Eso es todo, si tengo algún dinero de más me meto al cine o compro algún libro.

Salí de mi casa cuando tenía 18 años, y logré llegar ahora a los 40 cumplidos viviendo solito, sin nadie que chingue en casa. Mis días transcurren felices, en compañía de la tele y los libros. Tuve mis enamoradas -que no es porque no atraiga mujeres que estoy solo- pero siempre fue fácil hallarles defectos, sobre todo cuando empiezan a hablar de casamiento. Viviendo solo no hay ninguna oportunidad de que te jodan, que te dejen o que te hagan la vida imposible. Porque una cosa es cierta, como decía mi papá: «el que más te lastima es el que mejor te conoce».

El problema ahora es Laura, la muchacha treintañera que viene todos los días a casa. Ya hace un par de meses que me trae el almuerzo. A veces me hace un pie de piña, la cosa más rica. Logré que me cobrara por los almuerzos para no sentirme comprometido después. Si sólo dejara el almuerzo no sería tanto el problema, pero ella decide entrar, almorzar conmigo sin muchas palabras, lavar los trastos e irse, con ese aire desinteresado de alguien que tiene algún interés. Supongo que tampoco tendrá mucho que hacer. A veces al irse voltea a ver todo, como si hubiera dejado algo olvidado.

Debo admitir que la muchacha no es fea, y que no entiendo por qué viene conmigo porque seguro que la pasaría mejor con cualquier amiga o enamorado. Yo soy alguien más bien aburrido, de poca conversación y pocas luces intelectuales, la verdad. Quizá ella se pregunte lo mismo, y por eso hoy me preguntó si quería que viniera mañana. Yo por supuesto le dije que no se molestara, que prefería estar solo para leer un libro que recién compré. Ella dijo «bueno, entonces ya no vendré», y sin que yo pueda explicármelo, esas palabras sonaron tan duras que estuve a punto de decirle que sí viniera, que en la tarde ya tendría tiempo para el libro. Ella se fue, y el silencio en que se quedó la casa fue tan frío que tuve que tomar un té caliente. Y a pesar de que la soledad es buena compañía -como sigo creyendo- me gustaría pensar que ella va a venir pasado mañana, y el día que sigue.

La reina

Doris era de jovencita una hermosa doncella que se moría por participar en la elección de reina de su pueblo, pero sus papás nunca la dejaron. Creció, se casó con un tipo de cejas depiladas y formas amaneradas por el que estaba loca. Sus amigos solían decir que algo había fallado en su medidor de masculinidad y de ahí el error. La oportunidad de ser reina, sin embargo, le llegó cuando estaba cerca los cuarenta, en la elección de reina de la empresa donde trabajaba.

Doris tenía toda la alegría y vivacidad del oriente de Guatemala y pesar de las libras de más que le fue depositando el tiempo, seguía siendo hermosa. Como desde el principio mostró interés en el concurso de belleza, sus compañeros y compañeras la apoyaron para que participara representando al departamento de Recursos Humanos. Habían compitiendo candidatas más jóvenes, pero ninguna tenía el resplandor y la determinación de Doris.

El día del evento ella se miraba linda, aunque el maquillaje le quedó algo exagerado, el vestido en cambio le quedaba muy bien. Tras años de observar por la tele muchos concursos de belleza, Doris sabía cómo tenía que caminar, cómo debía sonreír, cómo tenía que entrar y salir del escenario y qué palabras exactas diría cuando le pidieran que dirigiera un mensaje final al público.

En la ronda de preguntas al final del concurso, le pidieron que dijera qué era «pluriculturalidad», algo que ella no sabía. Empezó entonces a hablar de A y B, esperando que se le iluminara de repente el cerebro y le atinara a la definición. Uno de sus compañeros vio que no sabía y se acercó al escenario a decirle en voz baja «muchas culturas», ella entendió y dio su mejor explicación, improvisando y hasta dando ejemplos para el caso de Guatemala. Al salir del escenario sucedió entonces lo peor: uno de los tacones de sus zapatos se zafó y ella cayó al suelo, llevándose un par de floreros. Ella se comportó digna, se levantó sin prisa, volvió a colocar los floreros en su lugar y salió del escenario como si no hubiese pasado nada, a pesar del golpazo en la rodilla que se pegó. La gente aplaudió admirada su espíritu, y salvo algunos cuantos que no pudieron contener la risa, la aprobación fue total.

El veredicto llegó y por unanimidad la eligieron reina de la empresa. Doris salió muy emocionada, siempre con su zapato sin tacón, contratiempo que no borró su radiante sonrisa. Mares de lágrimas corrían por sus mejillas cuando le dieron sus flores y su corona. En la última fila de espectadores estaba su marido de cejas depiladas, también con algunas lágrimas en las mejillas. Cuando terminó todo, juntos de la mano salieron a tomar la camioneta y en el camino ella le iba contando que al fin su sueño de joven se había realizado, que sus compañeros la habían apoyado con todo, y que al llegar a la casa tomaría una pastilla para el dolor.

Amor eterno

El año pasado, en la entrada al Periférico por la Avenida Elena, apareció un día una ofrenda floral con la leyenda «Amor Eterno», al día siguiente una nueva, y al día siguiente otra. La gente que pasaba por el lugar se dio cuenta y se formaron dos bandos: los realistas, que esperaban que se acabara el amor eterno y los románticos, que esperaban ver nuevas flores todos los días.

Las flores las iba a dejar una joven mujer que durante los primeros días depositaba el arreglo con llanto amargo. Se persignaba y se quedaba en el lugar rezando durante algunos minutos, luego se marchaba perdiéndose por la Avenida Elena. Sin saberlo, su desconsuelo la convirtió en heroína para la gente que esperaba ver las flores y la leyenda todos los días, algunos con la esperanza de que alguien los ame así alguna vez, por encima de las dificultades y el tiempo, contra todo pronóstico. Los realistas en cambio, conocedores de los vaivenes de la vida, esperaban que acabara el amor eterno una vez la pobre mujer hallara consuelo.

El hombre por quien lloraba nuestra heroína había muerto en una trifulca de narcotraficantes, baleado dentro de su carro. El suceso apareció en la prensa y se dijo su nombre, pero casi nadie conectó al narco con las flores del amor eterno. Así, día a día la gente que pasaba a pie, en bus o en carro, esperaba que el amor eterno triunfara de nuevo, o que terminara, como terminan todos. «Ahí está el amor eterno» decían las mujeres con sonrisa triunfal al ver las flores nuevas a la orilla de la carretera. Los hombres en cambio decían pesimistas «a ver cuánto le dura». Algunos curiosos esperaban temprano de la mañana a la mujer, que se aparecía siempre puntual a las seis de la mañana.

Poco a poco la amargura se fue suavizando, y un mes exacto después de empezar con las flores diarias la mujer falló a la cita, para decepción de sus seguidores. Al siguiente día, sin embargo, las flores ahí estaban, y las mujeres respiraron aliviadas cuando pasaron frente a la calle. Este suceso no se volvió a repetir, hasta que después de tres meses de amor eterno, las flores cesaron. La gente coincidía en que esas flores diarias recordaban el romanticismo perdido entre la rutina y el hastío de la agobiante vida moderna. Así que cuando ya no llegaron más, la gente las extrañó como se extrañan los buenos amores pasados. Sin embargo, el amor eterno reapareció fugazmente por tres días al cumplirse los seis meses, con todo y las lágrimas amargas de los primeros días. La gente entonces volvió a sonreír al pasar por esa calle.

La última aparición del amor eterno fue cuando se cumplió un año. Nuevamente apareció la acongojada mujer, que entre sollozos colocó la ofrenda floral del amor eterno. Se persignó y rezó algunas oraciones, y luego se marchó del brazo de un tipo de bigote, que llevaba botas vaqueras, un cigarro encendido en la mano y una pistola al cinto.

Insecto interdimensional

Últimamente, cuando me descuido y dejo de mirar mi mano izquierda, siento como si un insecto estuviera parado en la falange del dedo meñique. Vuelvo a ver y la sensación está ahí, pero no se mira nada, no hay ninguna hormiga, mosquito o mosca que justifique la sensación. Tal vez sea como los cuentos de ciencia ficción y exista efectivamente el insecto, aunque no en esta dimensión sino en otra, y que por algún motivo ambas dimensiones se traslapan levemente en la falange del dedo meñique de mi mano izquierda cuando no la estoy mirando. Puede ser que en la otra dimensión se visualice al insecto parado en el aire, sintiendo que hay una falange humana con vellos que lo sostiene. Es como si el insecto y yo estuviéramos juntos pero separados dimensionalmente, aunque ambos conscientes de la existencia del otro.

Un psicólogo tal vez lograría explicar esa sensación si yo le contara mis problemas y me diría que la sensación de un insecto que no está tiene que ver con mis traumas de niñez o con aquellos amores fallidos que todo mundo tiene. En este punto el lector tendiente a la empatía quizá empiece a preocuparse por mi condición mental o emocional. El lector que necesita cierta estructura en los textos quizá ya esté decepcionado y una vez más diga que está bueno pero que no lo entendió y que el final no lo convence.

Pero volvamos al insecto. A medida que escribo esto, la sensación ahí está, nítida, volteo a ver de tanto en tanto y nada. Una tercera explicación que se me ocurre es que debo tener algunas terminales nerviosas que están funcionando mal y de ahí que sienta algo que no está ni estuvo ni estará. Esto me parece más lógico y menos rebuscado, pero no por eso hay que descartar las explicaciones anteriores que tienen su lógica de acuerdo a la circunstancia en que están planteadas.

El asunto es que la sensación sigue, y que me gustaría que hubiera insecto para matarlo de una vez y terminar con todo esto. Una vez más volteo a ver y no hay insecto. Creo que tendré que acostumbrarme a su presencia ausente. Tendré que esperar que así como vino se vaya y ambos quedemos liberados de este traslape dimensional, porque debo admitir me gusta más la idea de pensar que existe y que él se está acostumbrando a que siente estar apoyado en la falange del dedo meñique de la mano izquierda de un humano al que no ve y que al contárselo a sus amigos insectos éstos lo miran desconfiado y piensan que está loco o se droga.

Amor de lejos

Es una tarde gris en Barcelona. En su pequeño apartamento de soltero está Xavi, un ejecutivo de negocios en Internet que fue abandonado por la mujer de sus sueños, con una botella de whisky en una mano y en la otra el control remoto del estéreo donde suenan repetidamente los vales de Chopin. Se supone que hoy iba a trabajar temprano en el nuevo proyecto que le encomendaron, pero ya son las dos de la tarde y él sigue tirado en la cama. Lo llaman del trabajo insistentemente pero no contesta el móvil con la vana esperanza de que en la pantalla del aparato aparezca el nombre de ella en lugar del de su jefe.

A pesar de que se prometió no llorar, a cada rato se le asoman los pucheros y el espasmo que antecede al llanto y un nudo en la garganta le amarga el gusto. Un dolorcito sordo al costado izquierdo no lo deja en paz. Por todo el piso está tirada la ropa sucia de una semana, se observan restos de pizza, bolsas de restaurantes de comida rápida y gaseosas a medio terminar. Periódicos y libros esparcidos por el suelo yacen olvidados y no parece que haya alguien que se apiade y los recoja. Suena el timbre del apartamento, Xavi se levanta de prisa ilusionado con la posibilidad de que sea ella.

Observa por la mirilla y decepcionado ve a un cartero gordo y sonrosado que seguro llega con alguna correspondencia de cobranza. Abre la puerta y el cartero mira la barba sin rasurar, los ojos hinchados, el cabello desordenado, y diagnostica: mal de amores. Ya pasará tío, le dice dándole una palmada en la cabeza, apuesto a que es argentina, eh. Xavi esboza una sonrisa triste y asiente con la cabeza. Es ya la tercera argentina rompecorazones del mes, dice el cartero, cuidado con ellas, son dulces en la boca, pero amargas al tragar. Xavi firma el comprobante de entrega y le desea buen día al cartero sonrosado. Abre el sobre y lee sin interés el aviso de cobro urgente de la tarjeta de crédito, luego lo tira por ahí, y se tumba de nuevo en la cama. Nuevamente resuenan nítidas las palabras de ella: «Hacé con tu vida lo que querás, pero ya no contés conmigo». Le da un sorbo a la botella de whisky y con los ojos lacrimosos adelanta el cd de Chopin para que suene el Valse de l'adieu. Mientras escucha el vals recuerda cómo reía nerviosa cuando él le dijo que había arriesgado el corazón y que siempre fue por todo con ella.

La había conocido una tarde de primavera en el Parc Güell, ella entre un grupo de turistas latinoamericanos, él paseando con sus sobrinos gemelos de nueve años. Cuando la vio sola en una de las mesas de un café y le correspondió la sonrisa, se acercó y uno de los niños le dijo a ella dice mi tío que eres muy bonita. Ella se avergonzó un poco pero sonrió con esa sonrisa de las mujeres que indica que la puerta se puede abrir, dependiendo de cómo se toque. Xavi devolvió temprano a sus sobrinos aquella tarde y ella se escapó del grupo, y para la noche ya eran dos enamorados que parecían conocerse desde siempre. Ella lo abrazaba apretado recostada en su pecho y él le acariciaba el cabello mirando la ciudad de Barcelona desde el Palau Nacional, mientras la noche sonreía apacible.

Ella dijo que volvería a Barcelona para estudiar un curso de radiofonía y que entonces tal vez podrían salir y pasear por la ciudad. Intercambiaron emails y números de móvil y ella partió para continuar su tour europeo, pero de ahí en adelante se escribieron emails, chatearon, hablaron por móvil y se mandaron mensajes de texto todos los días, sin falta. Era como una adicción, estar en contacto con alguien al que poco conocían pero que se hacía más y más interesante a medida que lo sabían todo uno del otro. Ella era impaciente cuando

él no contestaba rápido, él en cambio no desesperaba cuando la respuesta tardaba en llegar, pero todo iba de maravilla. Era la magia del amor de lejos.

Después de un par de meses de amor electrónico intenso, llegó el tiempo del tan esperado curso de radiofonía en la Universidad de Barcelona. Durante los días anteriores a la llegada de ella el intercambio electrónico se intensificó hasta el punto que Xavi apenas si trabajaba y dormía, pensando en que al fin dejaría de estar solo y que las palabras matrimonio y felicidad hasta podrían ser compatibles. Ella por su parte también se mostraba muy ilusionada y decía que todo esto para ella era un sueño hecho realidad.

Ella aterrizó en el aeropuerto de Barcelona un viernes por la tarde, a eso de las cinco. El esperaba ansioso, aunque trataba de disimular la emoción del momento. Cuando él la encontró entre la muchedumbre, ella lucía cansada pero estaba increíblemente hermosa. Ella lo vió, se acercó a él y se abrazaron amistosa, tímidamente. Pero para ella todo fue distinto ahora. Al verlo, la imagen idealizada que había hecho durante todo el tiempo de amor electrónico no coincidía con quien llegaba a traerla. Y ahí mismo se le murió el amor.

Para él en cambio fue magia verla de nuevo, pero al ver en sus ojos lo que sucedía se decepcionó y supo su destino, aunque no quiso aceptarlo. La fue a dejar a la casa en donde se alojaría y cuando preguntó que cuándo salían, ella le sonrió amargamente y dijo «yo te aviso». De ahí en adelante, ella no respondió emails, ni mensajes de texto, ni llamadas de teléfono. Lo logró esquivar por dos semanas hasta que Xavi la encontró camino de la universidad y la abordó. Ella le dijo que cuando lo vio en el aeropuerto comprendió que lo de ellos no podría ser, y después del discurso que tenía preparado, pronunció las palabras que se le repetían a él una y otra vez: «Hacé con tu vida lo que querás, pero ya no contés conmigo».

Ahora ya es de noche y sigue sonando en repeat el Valse de l'adieu de Chopin. Xavi bebe el último sorbo de la botella de whisky y se asoma a la ventana que da a la calle. Un pordiosero pasa enfrente y registra la basura de la esquina para ver qué encuentra, lo acompañan un par de perros flacos que observan con interés qué hace su amo. Después de varias noches de desvelo, Xavi al fin se siente cansado y se va a la cama, tirando al suelo todo lo que hay encima. Duerme con la ilusión de que al despertar ya lo habrá dejado en paz el dolorcito sordo que tiene al costado izquierdo, dolor que comenzó cuando ella pronunció las palabras fatídicas. Tal vez un buen descanso se lleve todo y sea otra vez como antes, cuando no habían emails, ni chats, ni mensajes de texto, ni llamadas al móvil, ni argentinas enamoradas, ni nada de nada.

Una visita

Ayer a eso de las cuatro de la tarde, iba yo caminando por el Parque Central frente al Palacio Nacional, pensando en qué bonito sería verte y platicar con vos. Estaba haciendo un calor de la gran diabla por culpa de un sol quemante que en algún momento, no sé cómo, me dio de lleno en los ojos y me obligó a cerrarlos. En un instante el clima cambió y empezó a llover muy fuerte y cuando abrí los ojos, ya no era el Parque ni el Palacio, sino la calle frente a tu casa y me estaba mojando, entonces abrí la puerta, así como la abren ustedes, y entré. No se miraba a nadie por ningún lado, yo recordaba que me habías dicho que los miércoles tenías clases por la tarde, así que no estarías en casa. Pero entré, mojado como estaba, me asomé a la puerta de tu cuarto y ahí estabas vos, bien cuajada, como la bella durmiente de los cuentos.

Entré sin hacer ruido, cerré la puerta y me senté en tu cama. Vos tenías tu boquita apenas abierta, peiné tu cabello sobre tu oreja y te empecé a contar que en la mañana me había arreglado bien catrín para ir con un cliente nuevo, pero que antes tenía que pasar dejando el carro a la agencia para que lo revisaran por lo que pasó de regreso de El Estor, a ver qué tanto se había jodido el pobre y en cuánto me saldría la broma. Vos sonreíste porque dije otra vez la palabra jodido. A huevos, te dije. Por salir corriendo de la casa me olvidé de sacar del carro las cosas que tenía dentro, el bombo del grupo se había quedado en el baúl. Pero qué jodidos, pensé, total en la agencia a nadie le interesará un bombo de un grupo andino. Vos levantaste las cejas, como diciendo sí, ajá. Llegando a la agencia, me llama el cliente y me dice que ya no me recibirá porque no tiene internet hoy, pero que me llamará en la tarde. Entregué el carro y regresé entonces a la casa, me puse a ver algo en internet, hice una siesta, almorcé y volví a salir, ahora en camioneta, por supuesto. Fui al IGSS a entregar el acta de supervivencia de mi papá para que le sigan pagando su pensión, y luego fui al centro para sacar unas fotocopias y que me cortaran con guillotina unas tarjetas de presentación, pero cuando iba por el Parque y el Palacio se me apareció la lluvia y tu casa y entré. Vos diste un suspiro, como el que hace la gente que duerme plácidamente.

¿Sabías que nunca había sentido algo tan especial como con vos?, te dije. Vos sonreíste como si estuvieras soñando algo bonito y te acomodaste mejor en la cama. No sé si me oíste, pero estar aquí con vos se siente bien, aunque estés dormida y afuera esté lloviendo como todos los demonios. No sé cómo es que estoy aquí, pero no importa, aquí estoy, velando tu sueño y viéndote lo hermosa que te mirás dormida. ¿Cómo te fue con tus laboratorios? ¿A qué hora te acostaste anoche? ¿Pensaste hoy en mí? Vos resoplaste suavemente y yo volví a peinar tu cabello sobre tu oreja, te dije bueno entonces adiós princesa, te di un beso en la mejilla y salí de tu cuarto sin hacer ruido, no fuera ser que te despertaras. Cuando abrí la puerta de la calle y salí, de nuevo era el Parque y el Palacio y el sol quemante. Por la noche te preguntaría en un mensaje de texto que cómo te había ido, a qué hora habías llegado y si había llovido por tu casa. Vos no me preguntarías cómo me fue a mí, porque ya te lo había contado todo.

Apuntes para una historia

Héctor perdió a su esposa y sus dos hijos en un accidente de tránsito. Como suele suceder en estos casos, se volvió un ateo agresivo, de aquellos que no soportan la religión y que consideran estúpidos e inferiores a los creyentes. Lo manifestaba tan fanáticamente que era desagradable. Como suele suceder también en estos casos, se convirtió en un borracho infeliz, perdió su trabajo y la brújula total de su vida, un desastre, el pobre.

Sin embargo, como también suele suceder en estas historias, surge una dama que rescata a Héctor. La joven y agraciada Leticia lo trata como enfermera una vez en el hospital y como no tiene nada más que hacer, decide que va a enamorarse del tipo este, porque las mujeres siempre piensan que con amor se puede rescatar hasta el más desgraciado. Además, piensa Leticia, con un poquito de comida engordará y rasuradito ya no se verá tan mal, el pobre.

Leticia entonces rescata a Héctor de las redes de la desgracia, le vuelve a poner la sonrisa y las ganas de vivir, y Héctor ya no es infeliz, y hasta asiste a la iglesia de nuevo, donde levanta siempre su mano derecha diciendo amén y llora y se siente cerca de Dios.

Pero resulta que Leticia va y se enamora del pastor de la iglesia. Juntos se fugan a otro país donde fundan una nueva iglesia, en donde el pastor conoce a una dama joven y agraciada con la que se fuga a su vez a otro país. Mientras tanto Héctor funda una iglesia, porque vio que eso da dinero y mujeres, y al fin y al cabo, todos acabaremos muertos, mejor darse una buena vida antes. Se entera de que a Leticia la dejó el pastor y va a buscarla, la encuentra totalmente abandonada y decide que ahora él va a rescatarla de la desgracia. Con paciencia logra que se recupere y después la deja, esta vez para siempre. Leticia ya recuperada se emplea en un hospital de nuevo y un día ingresa a la emergencia otro ateo fanático borrachín, al que decide rescatar porque no tiene nada más que hacer.

El migrante

A veces la historia es como la de aquel chavito que se fue para Estados Unidos, que trabajó y trabajó, diciendo que un día iba a regresar a Guatemala. Siempre envió puntual la remesa para sus papás, y con el tiempo alcanzó para construir una casa bien grande para cuando regresara. El chavo, después de 20 años, ya no era tan chavo. Ya tenía cuatro hijos, una pequeña fortuna en dólares que traducida a quetzales ya se miraba bonita. Decidió entonces regresar para quedarse.

Pero nadie de su familia quiso acompañarlo, ninguno extrañaba a un país que nunca fue el suyo, había alguna simpatía por él, para las vacaciones era bonito, pero no para quedarse. Y entonces regresó solo. Volvió a su pueblo natal, con lágrimas en los ojos y ahogándose por el nudo en la garganta volvió a ver a sus papás y a sus hermanos, todos más viejos, más gordos. Y se sintió feliz.

Pero después de una semana descubrió que la Guatemala que tanto extrañaba, de la que tanto comentaba en los foros en Internet, no era ésta que visitaba. No era en la que estaba ahora. Por alguna razón inexplicable ya no era la Guatemala de su nostalgia. Se dio cuenta con dolor que ya no pertenecía a Guatemala, que tenía que regresar al norte, en donde ahora estaba su casa, su familia, su gente, a donde ahora pertenecía.

El necio

Vagando por Internet, Héctor encontró el perfil de Catalina en un sitio de esos de redes sociales, esas cosas que sólo sirven para agregar un montón de supuestos amigos que no tenés en realidad. Navegando por las fotos del perfil de Catalina, Héctor recordó los mejores dos años de su vida y una nostalgia bastante cabrona se le metió y muy emocionado le dio clic al enlace de agregar como amigo(a). La Caty siempre bien guapa, soltera todavía, ojalá y me acepte como amigo. Catalina acepta a Héctor como amigo a los dos días. Si aceptó, quiere decir que no me guarda rencor, piensa Héctor y acto seguido, le manda un mensaje privado, y le pregunta que qué onda, qué se ha hecho, yo aquí trabajando como subgerente en la empresa B, contáme qué es de vos, qué buena onda verte por aquí.

Catalina responde que está en un chance que no le gusta y que todo bien, mi mamá está muy enferma por el cáncer, mi papá ya agarró la onda y dejó un poco el chupe, hasta bien se le mira. Mis hermanos se casaron, y yo ya me gradué de la U. Si ya sos subgerente quiere decir que no te va mal, vos siempre fuiste pilas, me alegro por vos. Héctor contesta mintiendo sobre un empleo en la empresa de un amigo y le pide el número de celular para llamarla. Entonces, como quien no quiere la cosa, le saca una cita en un café después del chance, hablamos más despacio y te cuento tips para entrar en la empresa de mi cuate. Catalina cae pendejamente en la trampa porque de veras necesita cambiar de trabajo.

Héctor se arregla bien catrín, camisa nueva, pantalón nuevo, zapatos nuevos. Cuando Catalina le mira el atuendo y la cara de imbécil que lleva puesta, sabe que le espera lo peor y que del mentado chance no habrá nada. Los dejados a veces pueden ser peligrosos. Después del saludo y las frases corteses de rigor, y de ponerse al día sobre sus vidas, Héctor empieza a hablarle de cómo la ha extrañado y de cómo la quería, le cuenta de las veces que volvió a los lugares en donde paseaban, fijáte que aquel antro donde íbamos seguido cerca de la U lo cerraron porque mataron a un narco adentro y se hizo todo un relajó, pero vos seguís siendo tan guapa, qué bueno que viniste porque de veras que me moría de ganas de verte, bueno, ya sé que estoy hablando mucho y que sólo digo muladas pero es que volver a verte es de a huevo, saber que estás bien y que me aceptaste como amigo en Internet y que aceptaste venirme a tomar un cafecito, qué bueno, de veras vos Caty, cuánto he extrañado las parrandas que nos echábamos y las noches estudiando mate con el mono y el tato y la seca, y hacer el amor en tu casa y en el Omni, qué bueno era todo eso vos, lástima que haya terminado.

Catalina sonrío compasivamente, y le dice sí vos, la pasamos rebien y a vos también se te ve bien. Fue genial esa época, pero no sé que pasó y ya no te quise, y parece que vos todavía no lo aceptás, ya son cinco años vos, ya deberías agarrar la onda. Pensé que de veras venías a echarme una mano con lo del trabajo, porque en donde estoy la cosa está mal, metí las patas con un cliente grande y ya mero me echan, no lo hicieron pero ya no tardan. Me dio gusto verte pero mejor me voy porque no estamos en la misma sintonía vos.

Héctor le dice que se espere, que hará una llamada. Llama a un su cuate y platican y le pregunta sobre la plaza que le había platicado y que qué onda con eso. Pero la verdad no hay tal cuate ni tal llamada porque llamó a su casa y le está platicando a la contestadora, y es tan evidente que está fingiendo la llamada, que el tipo que está en otra mesa leyendo el periódico con un café, lo mira y siente un poco de lástima por lo pendejo que se mira el pobre Héctor y piensa que así debió haberse visto él con la Mariela, aquella vez en el

Capitol, cuando aquel gran aguacero, ojalá que agarre la onda, uno no puede andar de pendejo toda la vida porque no se puede, y mejor vuelve al periódico, mientras le da un sorbo a su taza de café. Catalina, ya un poco desesperada, hace como que se va a levantar y Héctor la detiene tomándole el brazo y la mira a los ojos, y con un impertinente y ridículo tic en el párpado derecho, le dice pero mirá vos Caty, ¿de veras vos no sentís nada de nada?, yo no te pude olvidar vos, todo este tiempo y yo te sigo queriendo como un idiota. Catalina lo mira seriamente y le dice lo siento vos, no, mejor soltáme porque esta plática ya no es agradable. El tipo del periódico y el café lo mira todo, niega con la cabeza y suspira en señal de desaprobación.

Catalina se va y detrás de ella se van todas las ilusiones del pobre Héctor. Derrotado y cabizbajo deambula por las calles de regreso a su casa, con la dignidad perdida, odiado por la mujer amada. Se promete no volver a hacer nada igual, pero total, tenía que intentarlo, tenía que saber qué pasaría, aunque tal vez lo hubiera podido hacer con más dignidad y no quedar como un imbécil. Pero no puede resistir la tentación y cuando llega a casa y abre el Internet, le escribe un email disculpándose por haber sido tonto y de todos modos aquí estoy por si necesitás algo, prometo no molestarte más, estáte tranquila vos Caty. Después de mandar el email, mira entre los amigos de Catalina y encuentra a su hermano mayor, su antiguo proyecto de cuñado, con quien alguna vez se echaron las chelas. Hace clic en el link de agregar como amigo(a) y después de que él acepta, le escribe diciéndole vos a ver cuándo nos juntamos a echar un par de litros, ya va haciendo falta, yo estoy de subgerente de la empresa B, por si necesitás algo, ahí estamos a las órdenes mano, contáme pues a ver qué día nos juntamos, yo este viernes estoy libre, el otro día platicué con tu hermana, y de eso quería hablarte....

La consulta

En la sala de espera de un consultorio médico está sentada Eva, una guapa veinteañera que anda buscando marido. Es delgada, de pelo largo y de sonrisa pícaro. Está pensando en la maldición que le echó su hermana menor al casarse antes que ella, ahora quién sabe si logrará marido antes de que la belleza la abandone y la gravedad tire para abajo lo que ahora está firme y en su lugar. La secretaria del consultorio le indica que puede pasar con el doctor Anleu, un médico joven y soltero al que viene a ver por segunda vez en el mes.

El doctor la hace pasar a la clínica y se sienta serio frente a ella, escritorio de por medio. Eva le relata sus síntomas.

—Doctor, siento un dolorcito aquí a la izquierda, en el pecho. De noche no puedo dormir y me siento desesperada, como si me faltara la respiración. El dolor va y viene, pero ayer que llovió toda la tarde, lo sentí más fuerte, como si algo me oprimiera el pecho.

—Eva, la vez pasada me contó de su dolor de la cabeza. ¿Se fue el dolor de cabeza?

—Se fue doctor, con las pastillas que usted me dio ya estoy aliviada y no hay más dolor. Ahora este dolor de pecho y la angustia por las noches es lo que tiene preocupada a mi mamá y por eso vine con usted, que es tan acertado y tan profesional, por eso le tenemos confianza.

—A ver entonces, veremos que podemos hacer —dice el doctor colocándose los lentes y señalándole la camilla para auscultarla.

El doctor hace la rutina de siempre, toma la temperatura, la presión sanguínea y escucha los pulmones y el corazón de la joven mujer, que al sentir el estetoscopio en el pecho, siente acelerar su solitario corazón. El doctor Anleu al ver la reacción sonrío y respira profundo para oler el exquisito aroma de la muchacha. Revisa la garganta, los ojos y los oídos y termina la inspección e invita a la joven a sentarse frente al escritorio.

—Le daré unas pastillas relajantes, Eva. Me preocupa en serio su situación y espero que siga mis instrucciones, porque quiero descartar algunas enfermedades relativamente nuevas que leía ayer en Internet, que no es que sean peligrosas, pero hay que tener cuidado.

—Usted me asusta doctor —dice Eva llevándose la mano derecha al pecho, y haciendo un pucherito coqueto con los labios.

—Por el momento no hay de qué preocuparse —responde el doctor, intentando parecer profesional—, yo me ocuparé de su caso de manera especial. Aquí tiene mi número de celular, cuando venga el dolor y la desesperación que siente, llámeme sin pena, yo estoy para ayudarla. La semana entrante la espero aquí en el consultorio y espero verla guapa, aliviada y radiante.

Eva sonrío, y de repente ya no piensa más en la maldición, parece que no es verdad lo que dicen, toma la tarjeta del doctor y la receta, voltea a ver a su alrededor, como si olvidara algo, da las gracias, y caminando lentamente, sabiéndose observada, se acerca a la puerta y voltea.

—Muy agradecida doctor, me siento aliviada porque sé que usted logrará quitarme ese dolor y esa angustia que siento. ¡Qué sería de mí si no lo hubiera encontrado a usted! ¡Tan inteligente y acertado!

Eva sale por fin de la clínica, el doctor Anleu la mira y le hace un guiño al despedirse y dice:

—Llámeme Gabriel por favor, no me diga doctor.

El doctor cierra la puerta y se queda escuchando cómo hace el pago la joven a la secretaria. Piensa en cuántas consultas más aguantará la muchacha antes de darle el remedio definitivo, tal vez unas tres más, ahora que escasean un poco los pacientes hay que pensar también en cómo hacer el dinero.

Eva sale del consultorio y en la planta baja del edificio, hace una llamada por celular.

—Vamos bien mamá, creo que en unas tres consultas más ya lo tenemos. Todo resultó como vos dijiste.

La mujer del trailer

Estaba anocheciendo cuando entró ella y yo le dije al Nacho, ésa es la mujer del año. Era hermosa, blanca, rubiecita, cabello sobre los hombros, ojos celestes. Llevaba un vestido floreado azul que danzaba alegre con cada paso que daba. Unas sandalias casuales dejaban ver unos blancos y hermosos pies. Llegó con su hija, a quien al parecer había tenido muy joven, porque le calculamos 20 años a lo sumo. Se sentó en la mesa 7. Es mía le dije al Nacho y sin darle tiempo a reaccionar, le fui a dejar el menú con la mejor sonrisa que pude, pero ella apenas sonrió cortésmente. Con esa yo sí le soy infiel a la Estercita, le dije yo después al Nacho, que sólo me miró con gesto cómplice. Dos minutos más tarde, entró quien debía ser su marido, un gordo todo lleno de collares de oro, anillos y pulseras. Era el 23 de diciembre de año pasado, víspera de nochebuena.

El gordo pidió una cerveza y un tres carnes extra grande, cómo no. La diosa pidió en cambio un agua mineral y una ensalada. No puede querer al gordo ese vos Andrés, me dijo el Nacho, mientras al gordo se le paraba una mosca en la nariz sin él sentir nada. No creo, le respondí, de plano se casó con él por la plata y porque aceptó a la niña también. Mientras tanto, en la cocina se preparaba la comida, y doña Abigail, la cocinera, nos advirtió que el gordo era un tipo que tenía una empresa de transporte de mercadería y que tenía su dinero. El tipo había empezado con un trailer viejo hace 10 años y ahora tenía una flotilla de 50.

Fui a dejarles la comida y aproveché para oler impunemente el aroma de la mujer, ella se dio cuenta, se hizo un reojo coqueta y sonrió mientras veía su ensalada sobre la mesa. Dios me perdone, pero yo también tengo mis encantos, no seré Brad Pitt, pero varias novias me han dicho que tengo un vení-acá parecido al de John Cusack. O sea que algo tengo. Tengo el físico de un antihéroe romántico, neurótico y algo torpe. De todos modos, mejor que el gordo definitivamente sí que estoy. Cuando pregunté si deseaban pedir algo más, ella me miró fijamente a los ojos, y dijo, muy, pero muy suave y elegantemente, con sonrisa seductora incluida “por el momento no gracias, te llamamos después”, mientras el gordo se llevaba a la boca el primer trozo de carne, y casi sin masticar, se lo tragaba. Se me escapó un “a sus órdenes, bella dama”, el gordo dejó de masticar el segundo trozo de carne que se había servido, y entonces compuse la cosa, diciendo “...y distinguido caballero.” Al gordo le pareció bien y volvió contento a su comida. Yo sólo incliné la cabeza educadamente hacia ella y me fui, di algunos pasos y volteé, ella me había seguido con la vista y la bajó cuando la vi.

Las demás mesas las atendí mecánicamente y no logro recordar ningún detalle de ellas, porque mi mente sólo estaba en la mujer de la mesa 7. Vos Nacho, qué linda de veras esa mujer. Ese gordo no creo que sepa distinguir entre un trailer y una mujer bella, lo mismo ha de ser feliz conduciendo un cabezal que amando a su mujer. Ella sería el regalo perfecto de navidad. De veras que está linda vos Andrés, me contesta el Nacho, yo por ella me encargo de la patoja y de toda la familia y amigos, no hay clavo.

II

Al terminar la cena, el gordo pagó la cuenta y salió con la niña, pero la bonita se quedó en el restaurante. Me acerqué a quitar los platos y vasos de la mesa, y le dije, ¿cómo es que dejan sola a una señora tan bonita? Ella sonrió dulcemente y dijo que ellos iban al comercial de enfrente a comprar regalos, pero que ella estaba cansada de caminar todo el día y que los

esperaría aquí en el restaurante. ¿Le traigo alguna bebida? y ella dijo, ok, pero si usted me acompaña a tomarla.

Uno está preparado para que lo rechacen, para que las mujeres hermosas se hagan las locas y sean insensibles a los flirteos, pero no se está preparado para que las bonitas te den oportunidades. No sucede en la vida real. O por lo menos no me sucedía a mí, un simple mortal. Sólo atiné a decirle un incrédulo y tembloroso, “con mucho gusto”. Y le pregunté qué bebida deseaba. Un Chivas Regal fue su elección, con agua pura y poco hielo. Así que preparé el whisky y una limonada bien fría para mí y me senté en la mesa, frente a la mujer más bonita del año, en vísperas de navidad.

Se llamaba Cecilia, se había casado con el gordo hacía dos años, la nena tenía siete, la había tenido de quince años por un error con el sacristán de la iglesia, su gran amor que la dejó por una monja. El amor a veces es como la niebla densa, que no te deja ver nada más, pero que en un momento se desvanece y es como si nunca hubiera estado. Púchica, pensé yo, hasta poetisa me salió esta mamaíta.

Yo le dije, con mucho respeto señora, pero usted es en realidad una mujer muy hermosa, y además con gracia y elegancia. Cualquiera que la haya despreciado es en realidad un idiota. Ella sonrió complacida y dijo qué galante sos, ya te habrán dicho que te parecés a John Cusack, sos guapo también. Qué rico sentí que me tratara de vos, y entonces platicamos como si fuésemos sólo los dos en el mundo, con el fondo de la necia musiquita navideña de la serie de lucecitas.

III

Tuve la suerte de que el dueño del restaurante no había llegado ese día, así que me hice el loco cuando llegó el Nacho a hacerme señas de que tenía que atender las demás mesas. Quedáte con toda la propina vos, no te preocupés, le dije. Y seguimos platicando muy amicamente con Cecilia, cuando tiraba su pelo para atrás yo sentía como latigazos en el corazón. Para ese entonces yo ya le decía Ceci y ella me decía Andy.

Nos fuimos al jardincito del restaurante. Sentados en una banca, con la luna y las rosas del jardín de testigos, me dio un beso en los labios que jamás olvidaré. Suavecitos y calientitos sus labios, su aroma de mujer, qué rico todo. Se recostó en mi hombro y me abrazaba suavecito y delicioso. No sé cómo ella estaba tan tranquila, con el marido en el comercial de enfrente. Pero no era momento de preguntarle nada, sino sólo de disfrutar.

Estuvo todo muy bien, hasta que llegó la hora de la cenicienta y llegó el inoportuno marido a traerla. Le logré sacar el número del celular, ya no nos pudimos despedir más que como cliente y mesero, como se suponía que tiene que ser. Los acompañé a la puerta del restaurante y vi cómo ella volteó a verme con una lágrima en la mejilla antes de cerrar la puerta del carro. Los vidrios polarizados no permitían ver, pero juro que ella me siguió viendo desde adentro del carro, hasta que se perdió al dar la vuelta a la esquina. Yo caminaba entre nubes cuando regresé a hablar con el Nacho, que sólo me dijo que parecía que me iban a descontar el día. No importa ya nada, le dije.

Durante un mes entero, todos los días, mañana tarde y noche, llamé al número que me dio Cecilia. Y nunca respondió nadie. Esporádicamente seguí llamando los siguientes meses, sin respuesta. Ayer, un año después de nuestro encuentro, esperaba que viniera y que de nuevo se sentara en la mesa 7. Pero en la mesa 7 había una pareja de ancianos que celebraban su

aniversario, al parecer. Si no renuncié todo este año a este empleo, fue por esperarla, fue por pensar en que tal vez ella iba a volver, en que nuevamente, por un extraño milagro, yo podría volver a tocar el cielo.

IV

Y pese a todo lo improbable que era, volvió. Pero no era la misma. Es increíble cómo en un año la gente puede cambiar tanto. Estaba gorda, todo el resplandor se le había ido, el cabello opaco y quebradizo, sus ojos seguían siendo azules, pero totalmente apagados. Se sentó en la mesa 6. Yo le dije al Nacho que la atendiera, yo creo que no la reconoció. Luego, al final, fui a su mesa y le llevé el Chivas Regal. No me podía explicar lo que pasó, y dándose cuenta ella, me contó todo lo que pasó en este año. Murió su hija de una pulmonía y a su marido lo mataron, se había puesto a vivir con un tipo que andaba en las drogas y a consecuencia de la depresión por todo esto, había intentado suicidio y había engordado. Me dijo que yo había sido el último recuerdo romántico agradable y que por eso, aún sabiendo que ya no era la misma y que no había esperanzas de revivir la magia, venía a verme y a confirmar que por lo menos a mí no me había ido tan mal. Se despidió con un beso en los labios y sin pagar la cuenta ni voltear a ver, se fue. Yo no fui tras ella, sólo me terminé la limonada, recogí la mesa y le llevé el dinero de la cuenta a la cajera, y pensé que no iba a hacer tanto frío para la navidad, en la casa de la Estercita de seguro la íbamos a pasar calidad.

